

Irene Sánchez Ramos

In memoriam

A nuestra maestra Irene*

Mayvelin Flores Villagómez
Alumna de Sociología

Venimos a decir hoy aquí lo que sentimos, y que ella ya no podrá escuchar: que fue ciertamente de nuestras mejores maestras. Siempre hemos estado orgullosos de haber sido sus alumnos y este ha sido uno de los pocos honores que nos ha dado esta Facultad.

Fuimos sus alumnos durante seis semestres en el curso “Sociedad y Política en América Latina” [sic], desde febrero de 2003 hasta diciembre de 2005. Cuando llegamos al Taller de Investigación Sociológica no advertimos la importancia que esto tendría en nuestras vidas. Luego de iniciar el primer curso, nuestra percepción acerca de lo que es América Latina se transformó: Irene nos compartió otra forma de ver la realidad, de aprehenderla, comprenderla y de incidir en ella. Eran los tiempos de la intervención estadounidense en Irak, y su clase fue para nosotros un importante espacio de diálogo que nos fomentó e impulsó para pasar de las discusiones en las aulas a la participación directa.

Con diversas actividades que trascendían los métodos tradicionales de enseñanza de esta facultad, nos conminaba a apropiarnos del conocimiento de lo social, como investigadores, pero sobre todo como sujetos concientes y partícipes de la posibilidad de transformación de nuestra realidad. Detestó la injusticia, así como la enorme desigualdad que priva en América Latina, y mantuvo una postura crítica frente a ello, a pesar, incluso, de que las “modas” en los estudios académicos ya marcaran otras tendencias. Ello quedaba plasmado cuando escribía algún texto y más cuando hablaba en clase. Quienes compartimos con ella la palabra y el oído, comprendimos que el discurso tiene que ir acompañado de la práctica, ya que sin ésta no es posible la conciencia creadora.

* Gracias a Luz Anguiano, Stephany Sánchez, Rafael Ugalde, Julio Alonso, Jacobo Alavez y a todos los compañeros que nacieron estas palabras, testimonio del profundo cariño y respeto que sentimos por Irene Sánchez Ramos.

Como maestra mantenía un gran interés por el pensamiento latinoamericano. Nos introdujo y guió en la lectura de autores como Sergio Bagú, Agustín Cueva, Hugo Zemelman, entre otros, y con certeza decía que en América Latina, aparte de la Teoría de la Dependencia de Ruy Mauro Marini no había surgido otro aparato teórico-conceptual tan importante para explicar los problemas de la región, por lo que había una imperiosa necesidad de construcción de nuevos paradigmas; que era nuestro deber llevar a cabo esta tarea y conseguir “pensar América Latina desde América Latina”, pues existían estudios de la región que no eran elaborados de cara a la realidad que vivimos. Con esto supo contagiarnos su gran gusto y emoción por el proceso de investigación.

Caracterizada por romper con la forma tradicional de impartir clases –en la que el profesor expone frente a los alumnos, imponiéndose como una figura de poder ante el grupo de estudiantes que se limita a escuchar– Irene prefería que nos sentáramos en círculo, tal vez por esto la sala de juntas del CELA fue su lugar preferido para impartir sus cursos; nos hacía notar que más que maestra, era nuestra compañera, nuestra par, pues decía: “yo también aprendo de ustedes muchachos, entre todos construimos la clase”. Como pocos profesores, con una gran sencillez, Irene nos brindaba toda la confianza y respeto para que pudiésemos expresar nuestras ideas y puntos de vista sin temor a equivocarnos, lo que a menudo sucedía.

Una visión crítica y propositiva fue su manera de introducirnos al conocimiento de América Latina. Logró generar un sentimiento de grupo y compañerismo entre las personas que compartimos ese espacio. Aprendimos de ella la solidaridad y el compañerismo necesarios para avanzar de manera conjunta en la realización de lo que otros profesores llaman proyecto personal: la tesis. Con gran talento nos compartió sus conocimientos; siempre nos decía que no había otra manera más que “aprender a investigar investigando”. Durante esos tres años impulsó en nosotros una disciplina que sirvió no sólo para nuestra clase sino para toda nuestra vida académica, algo que le agradecemos infinitamente.

Conocedora de los procesos políticos centroamericanos, en particular de El Salvador, hablaba con gran emoción del inmenso anhelo de conocer más sobre América Latina, de la importancia de su pensamiento y vigencia. En este sentido, Jacobo Alavez, quien además de colega fue su alumno, nos comparte: “ella me confesó que Centroamérica era su querencia, pero que bien podríamos hablar de Perú; sus consejos me fueron útiles y se abrió paso una buena amistad”.

Irene estaba siempre de prisa, pero siempre llena de alegría, estaba dispuesta a “abrir mucho los ojos”, cuando lo que le decías le gustaba, no lo sabía o lo sentía bien, su forma de asentimiento era “abrir mucho los ojos”, y ella tenía

ojos negros y grandes, así que abrirlos más era bueno para todos porque nos daba ánimos, nos gustaba, nos hacía sentir a gusto. Cuando se preocupaba o estaba a disgusto, entonces uno miraba sus cejas, porque antes con sus ojos tan grandes uno no reparaba en sus cejas, pero la preocupación o el enojo le hacían entrecerrar los ojos y uno miraba sus cejas.

Al cabo de esos tres años tuve la oportunidad de trabajar a su lado como profesora adjunta; durante cuatro semestres aprendí de ella el amor a la docencia y conocí de cerca su preocupación por los estudiantes, no sólo en términos académicos sino también en aquello que llamamos *lo personal*; sepan todos y todas, los que alguna vez estuvieron en un curso con Irene, que nos llegó a conocer profundamente.

De compartir en las aulas, de trabajar a su lado y bajo su dirección como tesista, nació una amistad que agradezco con el corazón. No poco hablaba sobre lo que significaba para ella ser madre, del amor a sus hijos y de la llegada de su nieto. Dispuesta a escuchar siempre que uno lo necesitara, compartió también sus preocupaciones y sus pérdidas, su gran pérdida.

Irene tenía una cualidad por sobre todas las otras, sus alumnos la notaban, sus amigos más: era absolutamente solidaria. Además de sus dotes intelectuales y sus capacidades docentes, su insistencia de ir más allá la mostraba en un afán solidario no sólo con quienes eran sus cercanos, sino también con los que luchan.

En sus últimos años Irene conoció los escritos de Carlos Lenkersdorf acerca de la cosmovisión de los pueblos mayas tojolabales. Varias veces preguntaba y preguntaba con insistencia sobre una forma de vida que nos parece cifrada de un modo desconocido; en ese entonces muy poco pude hacer, por no decir que nada. Muy recientemente comprendí y no alcancé a decirte: "En la vida hay tristezas lo mismo que alegrías, pero son las alegrías lo que da vida a nuestro corazón. Y es por todo lo que compartiste que ahora vives en el corazón de todos".

A la colega y amiga

José María Calderón Rodríguez
Coordinador del CELA

El primer conocimiento que tuve de Irene fue en 1989, cuando ella coordinaba el proyecto "Crisis económica, guerra y destrucción en Centroamérica. Inventario de la década de los 80's". Irene era una metáfora viviente de Centroamérica: delgada, fina, delicada, de voz suave y melodiosa, pero también

dulcemente enérgica, determinada y segura de lo que estaba haciendo. En esos años, Centroamérica estaba en el centro de la atención del CELA. También por esa época, la sólida presencia de Rafael Menjívar, acompañado por Ernesto Richter y Mario Salazar Valiente, atraía sin duda a jóvenes que al mismo tiempo que sentían cumplir con un compromiso político se entrenaban como promesas académicas, tanto por su gusto por la docencia como por su amor por la investigación. Una de esas promesas era Irene.

Contaba con 20 años cuando se incorporó a la UNAM como Técnico Académico Auxiliar B de Tiempo Completo, fue en noviembre de 1979. Tres años después, a los 23, presentó su tesis de licenciatura en Ciencia Política y Administración Pública con un tema inusual: "El desarrollo de la conciencia política en El Salvador". Desde ese momento, Centroamérica fue el centro de sus preocupaciones. En noviembre de 1984 escribió "Algunas consideraciones sobre la democracia en Nicaragua" y dos años después publicó "Centroamérica: raíces y desarrollo de un conflicto actual". Este mismo año, 1986, en la *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales* publicó un artículo bajo el título "De Vietnam a Centroamérica. Estrategia de Estados Unidos en El Salvador y Nicaragua". Al año siguiente, en 1987, en la revista del CELA, *Estudios Latinoamericanos*, publicó "La nueva estrategia contrainsurgente en El Salvador" y en *Estudios Ecuménicos* "Contrainsurgencia y diálogo en El Salvador". En 1988, en la revista *Política: Teoría y Acción*, de República Dominicana, dio a conocer "El conflicto centroamericano. Entre la Reunión de Esquipulas y la Reunión de San José". A ese texto seguiría otro con el título "El proceso de Esquipulas II en El Salvador. El manejo contrainsurgente de la propuesta de paz".

Entre 1989 y 1994 todo su trabajo giró en torno a Centroamérica y, en particular, alrededor de El Salvador. Menciono algunos títulos: "La propuesta de paz de la insurgencia salvadoreña: repercusiones políticas", "La ofensiva del FMLN frente al mundo", "Democratización y desmilitarización: esencia de la negociación", "Centroamérica: nuevas prácticas y nuevos contenidos del proceso de cambio" (en *Estudios Latinoamericanos*), en *Cuadernos de Nexos* publicó "Conversaciones entre insurgencia y gobierno: el candado y la traba", más tarde "El Salvador: apuntes sobre un conflicto", "Elecciones y paz en El Salvador". En 1991 se ocupó de otro país centroamericano, Honduras, llamado el "portaaviones norteamericano". El título de ese texto era "Honduras, vigencia de la presencia norteamericana". En 1992 regresó al tema que siempre le apasionó: El Salvador, "El Pulgarcito de América" como lo llamó Gregorio Selser. Y ese mismo año reflexionó sobre "La clase dominante salvadoreña: formación y desarrollo". Al año siguiente escribió "Del diálogo a la negociación. Factores que definieron el paso a la nueva situación" y "El Salvador: balance de una década de conflicto". En 1994, también en *Estudios Latinoamericanos*, escribió un

ensayo de mayor densidad: "La insurgencia salvadoreña y el ciclo de los movimientos armados en América Latina", un trabajo que la llevaría directamente a su tesis de maestría, y en donde muestra su admiración por ese pequeño espacio de Centroamérica que contrastaba con las dimensiones de la intensidad y complejidad de la lucha política que lo tuvo como escenario. Así, en septiembre de 1997, con la presentación de su tesis de maestría en Estudios Latinoamericanos: "Tiempo político y movimientos armados. El Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN) en El Salvador" y la publicación en *Memorias* de "El FMLN en El Salvador" culmina el ciclo centroamericano en la biografía intelectual de Irene.

El interés sobre Centroamérica decayó. Las tratativas de paz en Guatemala y El Salvador tomaron nuevos derroteros, y también nuevas discusiones y problemas atrajeron la atención de las vivaces inteligencias de los jóvenes que con el paso del tiempo dejaron de ser promesas intelectuales para convertirse en estudiosos cada vez más afirmados tanto por su trabajo docente como por su producción intelectual. De hecho, entre 1993 y 1997, Irene pasó por experiencias muy formativas y gratificantes: en 1995 fue miembro del Comité Organizador del XX Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS) que tuvo lugar en la Ciudad de México; entre 1992 y 1996 tuvo a su cargo la secretaría académica del CELA, y en 1997, como ya señalamos, obtuvo el grado de maestría, que vino a significar un verdadero parteaguas en su vida intelectual.

Centroamérica quedó atrás, y ante ella apareció Brasil y se reafirmó su interés por un tema que ya se adivinaba en su artículo de 1994 sobre los movimientos armados en América Latina. De septiembre de 1997 a agosto de 1998, aprovechando también su año sabático, ingresó a la Universidad Federal de Ceará, en Fortaleza, Brasil. El regreso de Irene a México coincidió con mi partida hacia España con el fin de hacer un posdoctorado en Economía Pública. Regresé en 2001, después del movimiento que cimbró a la UNAM al radicalizarse y polarizarse las posiciones.

Todos habíamos cambiado, para bien o para mal. Entre el pre y el post movimiento hubo drásticas transformaciones en estudiantes y profesores, en la institucionalidad general de la Universidad y en las relaciones interpersonales, políticas y académicas dominantes entre sus profesores e investigadores. También hubo cambios en el CELA y en la orientación universitaria de los posgrados. Éstos dejaron de depender directamente de las facultades para convertirse en programas pluri-institucionales con orientación tutorial. Es en esta fase donde volví a encontrar a Irene como secretaria académica del Programa de Posgrado en Estudios Latinoamericanos, coordinado por la maestra Norma de los Ríos. Desde lo que pude observar, Irene desplegó aquí todo su talento tanto en

las actividades docentes como para la coordinación de investigaciones y, por si fuera poco, como una inteligente, hábil, dúctil y experimentada orientadora académica. Como dijo en alguna ocasión Norma de los Ríos: “sin la presencia de Irene, el posgrado no sería lo que ahora es”, no obstante las dificultades, las incomprensiones y la limitación de los recursos.

Nuestras biografías son siempre caóticas. Están llenas de incertidumbres y sorpresas. Somos datos *serendipity* y estructuras disipativas. No hay linealidad en nuestras vidas. Somos más parecidos a piedras rodantes que a masas siderales con rutas newtonianamente trazadas. Así, algo pasó. Con excepciones, como siempre, pocos percibieron los grandes cambios que se gestaban en una vida que parecía previsiblemente determinada. No fue así. Y la tendencia imprevista se trastocó en sorpresa, hasta el punto de llegar a una situación irreversible. ¡Qué poco nos conocemos a pesar de convivir casi todos los días, semana a semana, mes con mes, año con año! Ahora conozco más a Irene de lo que en vida creí conocer. En su *curriculum vitae* académico constato sus publicaciones, su actividad docente, las dimensiones de su trabajo de extensión universitaria. No hay otros datos. ¿Cómo concebía al mundo?, ¿a su mundo?, ¿a su hija?, ¿a su hijo, muerto prematuramente?, ¿a su nieto?, ¿qué amores tuvo?, ¿qué libros le gustaban?, ¿prefería el chocolate, al te o al café?, ¿le gustaban más los días nublados o prefería los de sol brillante?, ¿prefería a Vallejo que a Borges, a Sada que a Martínez?, ¿gustaba más del olor a tierra mojada que del polen de principios de primavera? Yo no lo sé. Cada vez, empero, me queda claro que vamos por la vida corriendo, hasta que algo nos para en seco, pero en nuestra carrera no nos vemos, o mejor, apenas nos delineamos como instantáneas con tiempos largos. Virilio tiene razón cuando dice que cuando el mundo se achica por la velocidad con la que lo recorremos, también se reduce nuestro conocimiento de él... y de nosotros, pues no tenemos tiempo para pensar y pensarnos, para ser y sernos, para hacer y hacernos, para gozar y gozarnos, para amar y amarnos.

De Irene guardo la imagen primera: una metáfora de Centroamérica: fina, delgada, frágil, y sin embargo, dulcemente enérgica, sensible y resistente al dolor. Y una impresión última: teníamos el fuego en los aparejos porque debíamos entregar “¡cuánto antes!” los libros producto de nuestro subproyecto. Esos días trabajamos hasta la madrugada corrigiendo todos y cada uno de los artículos, homologando los aparatos críticos y cuidando que no faltara tinta en las impresoras. La noche se había ido y empezaba a aclarar el día. Irene estuvo, como siempre, hasta el final. ¿Cómo olvidar su presencia y apoyo solidario? Fue por el CELA, por los que formamos parte de él, como lo había sido siempre. Al morir, acababa de cumplir 50 años... como nuestro Centro.

Irene Sánchez Ramos: maestra, investigadora y amiga

*Kristina Pirker
Alumna del Posgrado
en Estudios Latinoamericanos*

Yo conocí a Irene a través de un artículo sobre el concepto de sujeto social en el cual ella planteó una crítica al enfoque de los nuevos movimientos sociales que yo también compartía y que quería plasmar en mi tesis de licenciatura. Después me enteré que Irene era especialista en Centroamérica, y de allí pasé a tomar la decisión de que ella era la asesora idónea para mi proyecto de tesis, fue un paso rápido. Afortunadamente aceptó ser mi tutora, y a partir de este momento (hace 10 años) hasta su muerte, tan prematura, ella se volvió una de las principales interlocutoras para mis inquietudes académicas. Esto me permitió conocer y apreciar distintas facetas de su persona que quisiera señalar aquí.

Una primera faceta fue sin duda la de Irene como maestra. Para mí fue una interlocutora importante para construir el marco analítico de la investigación, gracias a su interés por los aspectos metodológicos, conceptuales y epistemológicos de las ciencias sociales. A esto se añadieron otras cualidades, igualmente necesarias para el acompañamiento académico: la capacidad de escuchar y leer, para entender las preguntas que se hace el estudiante en vez de imponer preguntas y líneas de investigación; así como la disposición de “apapachar” en los momentos de “crisis creativa”, cuando yo sentía que no lograba avanzar en mi investigación. ¡Esta dimensión emocional del acompañamiento académico no se debe subestimar!

Una segunda faceta de Irene que tuve la oportunidad de conocer fue la de su compromiso con Centroamérica, especialmente con El Salvador. Si bien cuando empezó a dirigir mi tesis Irene ya no trabajaba sobre El Salvador, creo que por el desencanto que le había provocado el papel del FMLN como partido político electoral en la década de los noventas, ella seguía interesada en lo que pasaba en Centroamérica en general, y en “El Pulgarcito de América Latina”, en particular. Este interés era tanto analítico como emocional: se notaba que en el fondo de su corazón seguía teniendo un vínculo muy fuerte con El Salvador, con su gente y con sus luchas por construir una sociedad más democrática, igualitaria y justa. Lamentablemente nunca le pregunté de qué manera nació su interés por El Salvador..., pero pude ver que tanto su tesis de licenciatura como la de maestría giraban en torno a las preguntas: ¿cómo fue posible que en El Salvador surgiera una opción revolucionaria con bases sociales? ¿En

qué residía la habilidad política del FMLN? ¿Cómo se dio el giro en el planteamiento estratégico del FMLN de la opción armada a la negociación política y la transformación en partido político?

El interés académico de Irene por El Salvador no se puede entender sin tomar en cuenta el compromiso político que ella asumió con la lucha revolucionaria en ese país, y que se expresó en su colaboración en el Centro de Estudios Centroamericanos de Relaciones Internacionales (CECARI), dedicado a realizar análisis sociopolíticos y de coyuntura de la región y vinculado a la OPM Fuerzas Armadas de la Resistencia Nacional. Su vínculo emocional y político con El Salvador se reflejó no sólo en que en 1992 quería ir a San Salvador para recibir a la Comandancia General del FMLN en la plaza central junto a cientos de miles de salvadoreños –y que no fue porque perdió el avión, y cuando me lo contó todavía se notaba en su voz una cierta nostalgia. También me contó que en ese momento ella estaba dispuesta a irse a vivir a El Salvador para apoyar el proceso de reconstrucción y pacificación. Yo creo que el hecho de que le hayan dicho “muchas gracias, pero no te necesitamos ahorita” le dolió mucho, y fue una de las varias razones para desvincularse de El Salvador.

Sin embargo, las interrogantes que ella se formuló estudiando el caso salvadoreño siguieron orientando sus líneas de investigación hasta el final de su vida. ¿Cómo caracterizar a un movimiento social para diferenciarlo de otras modalidades de acción colectiva? ¿Cómo construir nociones adecuadas de estructura y coyuntura, de espacio y de tiempo para aprehender las dinámicas particulares de un determinado sujeto social? ¿Cómo resignificar los conceptos de la teoría social occidental para aprehender la realidad latinoamericana? Irene se formuló estas preguntas porque había estudiado a profundidad el proceso sociopolítico salvadoreño. El seminario *Mesoamérica Contemporánea: Política y Cultura* –convocado por ella y la académica salvadoreña Breny Cuenca– también tuvo el propósito de vincular el debate conceptual con el análisis de una realidad social concreta. Entre 2002 y 2003, este seminario, que tuvo lugar en el CELA, reunió periódicamente a un equipo de investigadores especialistas en el estudio de la región Centroamérica-México, para revisar en conjunto las potencialidades de la noción Mesoamérica y para estudiar los procesos regionales en su especificidad. La experiencia de este seminario quedó plasmada en el número 19 (enero-junio de 2003) de la revista *Estudios Latinoamericanos*, dedicado a la noción *Mesoamérica*.

Recordar el seminario me lleva a una faceta más de Irene, y que tiene que ver con su personalidad tan amorosa y generosa. Ella me invitó, desde un inicio, a participar en el Seminario Mesoamericano, lo cual para mí –estudiante de maestría de primer año– fue la primera experiencia de participación en un

seminario académico, por fuera de la lógica de las clases, y donde me trataban como par, más joven, con un camino largo por delante todavía en cuanto a aprendizaje del oficio de socióloga latinoamericanista, pero una colega al fin y al cabo. Irene nunca me transmitió la sensación de ser una "alumna", sino una colega con la que se discutían seriamente posiciones académicas y políticas, y con la cual se compartían contactos. Ella me compartió sus contactos con investigadores salvadoreños como Breny Cuenca y Roberto Turcios, sin los cuales no hubiera sido posible la realización de mi tesis.

Si alguien me preguntara cuál de estas facetas ha sido la más decisiva para mi formación como latinoamericanista, investigadora y maestra yo diría que esta última faceta: la generosidad para compartir conocimiento y el respeto por los y las que empiezan su carrera de científicos sociales. Y esto es lo que yo ahora intento transmitir también a mis alumnos. En este sentido: ¡GRACIAS IRENE PORQUE SÍ HAS DEJADO HUELLA!

A la colega, compañera de cubículo

*Eduardo Ruiz Contardo
Investigador del CELA*

La verdad es que agradezco muy especialmente la invitación a participar en esta mesa que es un homenaje a una de las personas más queridas que hemos tenido como colega en el CELA. Ya se ha hablado mucho de sus méritos como maestra, como investigadora y como política vinculada a movimientos centroamericanos, y naturalmente con muchas e interesantes opiniones sobre la realidad mexicana que no expresaba públicamente porque asumía, con mucha modestia, que había otros que se dedicaban a eso y ella más bien se centraba en los problemas centroamericanos. No obstante, tenía mucha claridad sobre lo que se debatía en México, lo que se perdía en México y lo que había que reconquistar en México, y eso la ubicaba en determinadas corrientes políticas del país.

Era muy generosa, muy generosa con los estudiantes, ya se ha dicho, los trataba de igual a igual y les confería una gran confianza con relación a sus escritos, con relación a sus postulaciones y en el diálogo con ellos. Yo lo advertía porque la verdad es que convivimos casi 20 años como compañeros de cubículo. Aprendí a conocer todas sus vicisitudes y sus angustias, tanto intelectuales como personales. Era muy amable y comprensiva con sus colegas, sus compañeros, para ella en general eran todos sus amigos, compartieran o no compartieran las mismas postulaciones, pero era una persona extraordinariamente generosa, abierta.

Yo diría que es..., quiero ser muy breve pero no por ello menos sentido respecto de lo que digo, que se trataba de un espíritu extraordinariamente superior, y es así como sentimos lo que hemos perdido. Así lo siento yo de mi compañera de escritorio de enfrente, con quien podía conversar todo tipo de problemas, todos los escuchaba, todos los comprendía y sobre todo tenía consejos muy sabios, incluso muy maduros, a pesar de la edad que tenía. Para mí, uno de los espíritus superiores que he conocido en la vida, y después de tener una larga vida y con muchas vicisitudes, en ocasiones muy complicadas, uno aprende a valorar a las personas y aprende a valorar no sólo su riqueza intelectual sino su calidad humana. Ese gran espíritu noble, generoso, espíritu superior, a mí me indicaba que era una persona que recuperaba aquel viejo concepto de la gran condición humana que va más allá de lo que podemos pensar sobre hechos y contradicciones, que podemos pensar en términos del concepto social más inmediato que tenemos, que podemos pensar integrarnos a una comunidad con generosidad y apertura.

Ella marcaba caminos superiores a los que podíamos tener otros, a lo que podíamos imaginar otros. Era sin duda una maestra, una maestra no sólo en términos de su relación con los alumnos sino una maestra de la vida. Y que, a mi juicio, sucumbió a sus grandes tragedias y entregó su vida prácticamente cuando ya le parecía que lo que le había sucedido era demasiado, era muy grande, era muy rupturista de lo que ella había sentido y pensado toda la vida. La situación, por ejemplo, de su hijo..., es decir, hay que tener una capacidad de amor muy entrañable para sentir lo que ella sentía, para entregarse por lo que ella se entregaba. Cuando tuvo un nieto, por ejemplo, era maravilloso lo que contaba, aun cuando al principio fue para ella un drama.

Llegó a tener problemas económicos muy serios, muchos le recomendamos que apelara por ciertas injusticias institucionales hacia ella, no lo aceptó, y en lugar de eso dijo: "voy a resolver esto recuperando mis viejos méritos y voy a postular de nuevo". Así lo hizo, y mejoró, y superó una injusticia tremenda de la institución. Pero su respeto a la institución, más allá de la contingencia personal y más allá de los problemas inmediatos que esto podría significar, la llevaron a tener una actitud hasta cierto punto también muy generosa con respecto a la propia institución, y no se fue en contra de ella, a pesar de que tenía muchas y muy buenas razones, pero sí apeló a su condición y su capacidad de recuperar lo que había perdido.

A mi juicio, el de Irene es uno de los espíritus más superiores, un espíritu de la altísima condición humana, de lo que buscábamos desde adolescentes en la literatura revolucionaria del mundo. ¡Cómo se notaba la condición humana en su entrega a las grandes causas! Y ella tuvo grandes causas en la vida, gran-

des causas en la política, grandes causas en las relaciones con sus alumnos y compañeros, y grandes causas en lo que escribió. Yo le rindo un gran y sentido homenaje a la que fue mi compañera y vecina de cubículo durante casi 20 años. ¡Muchas gracias!

Irene: la amiga que no olvidamos

*Norma de los Ríos Méndez
Profesora de la Facultad de Filosofía y Letras*

Para Dieguito

Queridos amigos y colegas:

Hoy estamos aquí congregados para recordar, para dar testimonio, para expresar el dolor y atesorar los momentos, los afanes, los empeños compartidos con nuestra tan querida Irene y honrar su memoria.

En esta mesa, colegas y amigos de ella hemos sido convocados para destacar su compromiso con los estudios latinoamericanos. Así me lo explicó el querido Chema Calderón cuando me invitó a participar en este homenaje... pero ustedes me disculparán si sólo abordo de manera tangencial la vocación latinoamericana y latinoamericanista de Irene, y por supuesto su compromiso social, porque como todos sabemos, esta vocación latinoamericanista era en ella mucho más que una mera opción profesional, era ya una opción de vida, de dedicación, de búsqueda, más allá del conocimiento de la región, de proyectos alternativos de justicia y liberación. Alguna alusión haré en estas líneas al compromiso de Irene con los estudios sobre América Latina, pero de antemano yo sabía, y lo hago explícito, que mi intervención tendría sobre todo un carácter testimonial más personal, que es mi manera de honrar el recuerdo de una amiga entrañable y tal vez de conjurar de alguna manera el dolor por la pérdida que hoy todos compartimos.

Los seres humanos nos protegemos o enfrentamos el dolor de las pérdidas de múltiples maneras: el subterfugio del aparente olvido que la avalancha cotidiana propicia, la no-aceptación del hecho doloroso por el recurso de "no pensemos en ello", el enojo y la rabia por la injusta pérdida que deriva en la depresión profunda o en una suerte de enajenación por el trabajo como forma de paliar el dolor del recuerdo... Estados de ánimo que tal vez una buena parte de nosotros conocemos, sobre todo aquellos que ya llevamos un buen trecho

de vida recorrido y que por lógica de la vida nos hemos enfrentado a múltiples pérdidas, pero creo que ninguna de ellas puede siquiera acercarse al terrible dolor que habrá sufrido nuestra querida Irene por la pérdida de su hijo.

La amistad de Irene, o de Irenita, como yo le decía, fue un regalo de la vida que me fue dado por mi paso por la Coordinación del Posgrado en Estudios Latinoamericanos. De otra manera sólo hubiera conocido a Irene como una colega del CELA de Ciencias Políticas, espacio con el cual desde hace muchas décadas mantengo una cercana y cálida relación por los maestros entrañables de antaño: Don Sergio, Ruy Mauro, Agustín, por los amigos y colegas que conozco de larga data, por los más nuevos o recientes.

Pero Irenita aceptó ser la Secretaria Académica del Posgrado, iba a decir mi secretaria académica, por ese afán ingenuo que tenemos los seres humanos de hacer nuestro aquello que apreciamos... y es cierto que el "mí", posesivo, pero también generoso, lo aplicamos a los seres que queremos, a los seres que nos enriquecen y nos hacen mejores personas: Irene Sánchez fue uno de estos seres y por ello le agradezco infinitamente, hoy como ayer, que haya aceptado mi invitación a acompañarme como Secretaria Académica en el trecho que aún me faltaba por recorrer en el ejercicio de esa función.

De tantas horas de trabajo compartidas, de tantos empeños y afanes, diseñando alternativas académicas, buscando soluciones a problemas, enfrentando los momentos difíciles del Posgrado, compartiendo horas de reflexión y análisis, momentos de estrés y a veces hasta de angustia porque todo saliera bien, y por cierto también muchas horas de júbilo y risas, de satisfacción por haber sacado las cosas adelante, muchas horas recibiendo a alumnos y colegas, preparando las interminables sesiones del Comité Académico, compartiendo los logros como compartíamos las angustias, así se fue tejiendo no sólo una colaboración fructífera sino una amistad entrañable.

Sin duda, Irene poseía muchas virtudes, una madurez y una serenidad realmente notables, siempre la actitud amable, cordial, tranquila, cálida; era una escucha atenta, respetuosa, comprensiva. Creo que la capacidad de recibir y respetar al otro y la tolerancia hacia posturas y valores diversos o divergentes fueron otras de sus grandes cualidades.

No estoy destacando estos valores de Irene llevada por el cariño, que es mucho, ni por esa suerte de lógica profundamente humana que potencia las virtudes ante las pérdidas. No, lo que digo no sólo sale del corazón sino que sale del juicio ponderado, e incluso me atrevo a decir, del juicio objetivo y razonado. Irene fue un ser con muchísima luz, con una capacidad enorme de

entrega a todo lo que emprendía, de entrega al trabajo, de entrega a la amistad, al compromiso compartido. Tuvimos la suerte, en esos años de amistad y colaboración, de coincidir casi en todos nuestros ideales, nuestros valores, tanto los académicos como los políticos, los culturales, pero sobre todo, y de ahí vino nuestra gran amistad, compartimos principios éticos y de responsabilidad social que sellaron la amistad y el afecto por siempre.

Tuvimos un pequeño equipo de asistentes y de colaboradores cuyo compromiso fue igualmente generoso y sólido, y que era como una pequeña y cálida familia. Los equipos que se integran así no sólo son el resultado de afortunados azares, son el resultado, sí, tal vez, de afortunadas coincidencias electivas, de atinadas selecciones, sí, sin duda, pero sobre todo son resultado de un esfuerzo cotidiano por nutrir los vínculos profesionales y afectivos, de solidaridad y responsabilidad que nos permiten seguir creciendo. Trabajamos incansablemente, durante el tiempo en que compartimos esa coordinación del Posgrado, por mantener el equilibrio entre las entidades, por dar a cada colega su lugar, por apoyar tanto como pudimos a nuestros alumnos y estudiantes, por colocar al Posgrado en el sitio que merecía. Libramos muchas batallas juntas y con nuestro equipo de colaboradores, y muchos de esos logros, si los hubo, se debieron a la actitud generosa, solidaria, prudente y tolerante de Irene.

Irene fue siempre ajena a todo protagonismo, siempre hizo su tarea sin pretender sobresalir ni capitalizar su trabajo para fines personales, y su compromiso fue siempre como su vida: auténtico, sincero, responsable.

Puede que a los que me escuchan les parezca que son muchos adjetivos, muchos elogios, pero no se deben al estilo barroco de mi pluma, se deben, sin cargar ni un poquito las tintas, a la persona y a la personalidad de nuestra entrañable amiga.

Claro que Irene tenía una vocación latinoamericana y latinoamericanista. Tal vez la vida la puso ahí, en el CELA, con esos maestros, con esos colegas, ustedes sabrán mejor que yo cómo llegó ahí, pero de nuestra preocupación compartida por la suerte de esta parte de nuestro continente sí que puedo dar fe. América Latina no fue para ella, como no lo es para muchos de nosotros, sólo un objeto de estudio preferente con el cual nos comprometemos cultural y académicamente; fue para ella, como es para nosotros, mucho más que eso: es y será una suerte de responsabilidad compartida, una obstinada obsesión de búsqueda de proyectos sociales alternativos, es una convicción de pertenencia identitaria que va más allá de las historias personales o de las opciones políticas individuales. Es, en cierto sentido, un compromiso de vida, e Irene siempre estuvo a la altura de ese compromiso. Como maestra, lo podrán tes-

timoniar sus alumnos; como colega podemos dar fe tantos de nosotros, y como promesa intelectual truncada por un aciago destino, frente al cual nos rebelamos, porque nos es muy difícil aceptar que una vida sea segada en sus momentos de plenitud.

Las frases trilladas, manidas, pero no por ello menos sinceras, que se suelen decir en estos casos, vienen a nuestra mente: si pudieras escucharnos Irenita..., ojalá nos escuche donde quiera que ella esté... aceptando sin conceder que puede haber un cielo con un dios padre amoroso que recibe a sus hijos, o un paraíso de premios y placeres insospechados si uno ha sido bueno, o un retorno a la naturaleza como pájaro, como flor o como pececillo multicolor, o todas las cosas juntas que se nos dijeron o que se nos ocurren para dulcificar las pérdidas... sería maravilloso. Pero como nadie somos aquí niños ingenuos, como es poco frecuente encontrar creyentes tradicionales en estas aulas, foros o pasillos universitarios, como no se trata de ofender la fe de nadie, pero tampoco de lanzar al viento lugares comunes del pensamiento o de la palabra, yo sí quiero compartir con ustedes una certeza: nosotros, su familia, sus amigos, sus alumnos, sus colegas, sí sabemos donde está Irene, porque nuestros corazones albergarán por siempre su recuerdo y su memoria, y ésta es, sin duda, la más hermosa manera de permanecer... de seguir siendo... Gracias Irenita, porque todo lo bueno de ti, que es mucho, permanece con nosotros y en nosotros.

A la joven colega y compañera de cubículo

Jorge Turner Morales
Investigador del CELA

Me han hecho una designación inmerecida al pedirme cerrar este acto de homenaje y de cariño a Irene Sánchez. Ese honor le corresponde a algunas personas que están aquí presentes en el homenaje y también a algunas personas miembros del CELA. Yo tengo un viejo problema: cuando me toca hablar de la gente que a lo largo de mi vida ha estado con un lazo de afecto fraternal conmigo..., y es que cuando quiero mucho a la gente me cuesta trabajo hablar de ella; es decir, cuando quiero mucho a la gente hablo poco y, en cambio, cuando me han encargado que hable de gente que conocí por encima hablo mucho, y en este momento estoy en la situación de bloqueo psicológico pues quise mucho a Irene Sánchez.

No estoy muy seguro de decir cosas que puedan demostrar mi profundo cariño y vinculación intelectual y anímica con respecto a Irene Sánchez. Sin

embargo, sí puedo decir algunas cosas muy sencillas. Yo conocí a Irene Sánchez cuando venía de un fracaso enorme de una vida de acción que involucró toda clase de peripecias, entonces estaba yo iniciando la última etapa de mi vida, en la que me muestran ahora como académico aunque yo todavía siento que no soy fundamentalmente un académico. Estoy sentado aquí y entiendo que tengo razones fundamentales, y valoro lo que es la vida académica, pero yo realmente estoy atado, anclado, a una vida de acción, y en esta última etapa, que abarca los últimos 30 años, compartí el cubículo con Irene.

Durante este tiempo estuvimos muy vinculados compartiendo el día a día y la experiencia de gente diversa. Recuerdo a Eduardo Ruiz en ese cubículo, y recuerdo también a otra gente importante como Rafael Menjívar, que había sido rector de la Universidad de El Salvador y que era sobre todo un combatiente en la lucha a muerte que se tenía en aquel país. Recuerdo también a otros compañeros muy queridos de la época como Mario Salazar Valiente, que era tan valiente que siendo desterrado a México no murió de la tristeza de vivir desterrado sin volver a ver la luz de su querida patria, sino que murió de alegría cuando pudo retornar a ella, entonces el corazón le falló.

Los que tenemos experiencias vividas concretas y nos sumergimos en el pasado para poder comprender el presente hablamos con frecuencia de cosas, de los problemas vividos, y soñamos como si estuviéramos dormidos. Irene, junto con Berenice Ramírez, eran desde entonces unas jovencitas adultas por sus pensamientos, nos hacían preguntas y eso nos obligaba a soñar despiertos, es decir, a proponernos cosas que fueran muy ambiciosas pero que tuvieran alguna posibilidad de convertirse en realidad. Así, eso es lo que yo destacaría de Irene Sánchez: su capacidad para ver en el fondo y para soñar lejos, pero no soñar desproporcionadamente, eso es una cualidad que la adorna y que hace de ella también una mujer muy entregada como docente, muy sacrificada, con capacidad para impartir y transmitir conocimiento y, al mismo tiempo, para realizar investigación. Yo no tengo duda que las cosas escritas por Irene son valoradas, pero lamentablemente dejó pendientes que la habrían destacado más aún dentro de la vida de investigación que se hace en la UNAM. Lamentablemente Irene no pudo superar profundos problemas familiares.

Ella tenía un impulso de investigación muy profundo. Soportó, eso me consta, que las investigaciones que aparejan esperanzas de cosas buenas no se realizaran, y que las investigaciones y las realidades que se desarrollaron provocaran frustraciones. Tal fue el caso de Centroamérica, donde ella centró lo cardinal de su investigación y que tuvo un desenlace que no satisfizo a nadie, de tal manera que aún Centroamérica está envuelta en largos problemas, tan graves como los que sufre el Caribe y para los que no se encuentra solución. Irene sufrió

profundamente el que no culminara la protesta colectiva de los salvadoreños y que se encarrilara por donde hoy vemos que se encuentra; sin embargo pudo superarlo. Lo que no pudo superar realmente fue no poder investigar teniendo una armonía familiar, el no prolongar todas las inquietudes sociales que tenía y concretarlas a través de su familia, de sus hijos y de su nieto. Algo falló ahí que tuvo que ver con su pronto fallecimiento sin que pudiera realizar muchas cosas importantes en la vida. Quedaron pendientes investigaciones que habrían tenido un gran fruto de no haber concluido su vida antes de tiempo.

Norma de los Ríos, a quien yo quiero mucho y no tengo ningún sonrojo en decir que siempre la he sentido muy vinculada a mí, preguntaba en su intervención: ¿en dónde está Irene? Y yo pensé en ese momento que Irene no está en una fosa fría, Irene está calientita en nuestros corazones, en los corazones de quienes la quisimos y la seguimos queriendo mucho. Pero hay que alimentar ese recuerdo que la hace vivir, y para alimentar ese recuerdo habría que tomar algunas acciones, tales como que el Dr. José Ma. Calderón, sensible a estos asuntos, cree una comisión que examine lo que ella escribió y pueda reeditararlo junto con algunas cosas que no sabemos dónde están pero que existen, y hacer una edición que alimente el recuerdo y la mantenga viva en nuestros corazones y no en la fosa mortuoria en donde dolorosamente la sepultamos. Muchas gracias y perdonen las incoherencias que sin embargo contienen un gran sentimiento y profundo cariño hacia Irene Sánchez. ¡Muchas gracias!

*En el marco del 50 aniversario del CELA, FCPyS, UNAM
Ciudad Universitaria, a 14 de octubre de 2010*